



CAPITULO XII

•Martín apercibe el
equipaje—que medará...
POLICHINELAS DE ANTAÑO

ROULETTE no logró dormir en las siguientes noches. Soñaba despierto en todo el camino recorrido, en el prodigioso salto, que, de golpe, le sentaba sobre la cumbre de los ansiados tesoros. Pero, de improviso le cercaron vagas inquietudes, un misterioso temor de que la policía, la justicia, enterada y azuzada por Lecharme pudiera meter su hocico en sus lindas trazas. Pensando en un posible descalabro enfriábase y se estremecía bajo las sábanas, y su cerebro quedaba como una pella de nieve.

Entonces le parecía escuchar los gritos de sus perseguidores, «¡de parte del Rey!» y fuertes golpes sobre la puerta, esa delgada puerta que pronto cedía. Después, agarrado brutalmente del cuello por la ruin soldadesca, veíase perseguido y acusado ante los jueces del crimen de impostura y estafa, y finalmente sentenciado y ahorrojado en hondo calabozo. Al reír del alba, se reía él también de sus visiones. «¡Detenerme! ¿A mí? ...¿Quién osará poner su mano sacrilega sobre este monarca?... ¡Ta...ta...ta!»; y recordando sus pueriles angustias de la noche alzaba desdeñoso los hombros.

No obstante, por exceso de prudencia, y luego de haber meditado espaciosamente sobre el partido que debía elegir, resolvióse, para mejor librarse de tan resbaladizo paso, á precipitar la marcha de las cosas. Ese castillo de Langeais, que la condesa acababa de heredar, le ofrecía un buen sitio donde asilar su opulenta vejez, ¡lejos, lejos de la enojosa capital donde la burguesía de este reino insulso y sandio paseaba sus tupés, sus pedantescas corbatas y

sus pantalones de casimira! Huiría de París, y retirado «en sus tierras», rodeado de una servidumbre que sabría escoger atenta, sagaz, y principalmente honrada, acabaría su augusta y envidiable existencia hollando plumas y la copa en los labios, una gran copa desbordante del alegre vino de los lagares de la Touraine que desata la lengua y las ideas. Satisfaría todos sus antojos y suntuosas dulzuras: perros daneses, caballos de Navarra, carruajes con cuatro linternas: le bañarían, le lavarían, le vestirían y hasta para recoger un pañuelo tendría un lacayuelo. Comería en vajilla de plata, se acostaría en lechos de pluma, sería el dueño de las cajas de caudales. Y si tenía la desgracia de enfermar, la vieja condesa, su mujer,—¡oh, qué bufonada!—¿no sería una esclava cuidándole, bismándole, regalándole, aliñándole y hasta oponiéndose á la misma muerte?

Decidió, pues, partir hacia su castillo, antes de la segunda quincena de mayo; y á los postres de un almuerzo, cerradas las puertas expuso sus deseos de este modo:

—¡Hablemos en voz baja, señora! Se me ha aconsejado secretamente que debo abandonar París por algunos meses. Es medida de prudencia porque estoy rodeado de facciosos... las intrigas y traiciones aumentan, se enlazan... ¡He aquí el tiempo en que, de nuevo, el Rey de Francia no está seguro entre sus hijos!

Roulette suspiró, y sus labios se contrajeron en un visaje de dolorosa amargura.

La señora de Saint-Salbi le escuchaba enternecidamente.

El Príncipe siguió:

—Avisado de los peligros, mi pensamiento ha buscado el refugio de vuestra casa...

Ante un gesto de la dama, apresuróse él á corregirse:

—...¡Bien, de nuestra casa, sea; de nuestras posesiones de Langeais! Allí, repartiendo entre el reposo y el estudio mis postreras fuerzas, esperaré días mejores... Allí, en fin,—añadió con acento exaltado—podré más fácilmente consagrar al pié de los altares... esta preciosa unión de nuestras vidas, que será la sonrisa y fragancia de mi cansada ancianidad.

Una onda de púrpura invadió el seco rostro de la pobre mujer.

—¡Cuando queráis, Señor, partiremos!—logró balbucir la Condesa.

Y el Rey decretó:

—Bien; preparaos, señora, para dejar esta ciudad en la próxima semana. Según mis cálculos nos bastarán tres días para realizar sin fatiga ese viaje: venticuatro horas de París á Orleans, otro tanto de Orleans á Tours; yo cuento un día más por los posibles retrasos, algún accidente... Pero, hasta el momento preciso de la marcha, vivid descansadamente. Yo olvidaré el alto rango de mi cuna, y todo, todo he de prepararlo y disponerlo, sin intermedio alguno.

Y así lo hizo. Desde la siguiente mañana desapareció, y no se retiró hasta muy avanzada la noche. Y derrumbándose en una butaca, murmuró:

—¡Estoy rendido!

Pasado un largo silencio, agregó, dirigiéndose á la señora de Saint-Salbi:

—Ya podéis tranquilizaros, querida amiga; todo está dispuesto. El

lunes próximo, á las cuatro de la tarde, nuestra berlina de camino vendrá á buscarnos. Es de casa de Ehrler... Nuestros caballos, son dos tordos y dos negros, y harán un hermoso tiro... En fin, preparados estamos, y nada más nos falta que cerrar las maletas y balijas.

La señora, había cruzado las manos, y llena de confusión murmuró:

—Verdaderamente, Sire... ¡oh! ¿no habéis desdeñado tan miserables menesteres? ¡Vos mismo...!

—¡Sí, yo mismo!—repuso jovial el príncipe.—Allí me llamaban unos: señor; otros: caballero, sin sospechar nada... ¡Ah, me he divertido mucho! ¿por qué no?

—Pero... ¿qué nombre habéis dado?

—le preguntó ella toda temblorosa.

—Conde de Spade; es el título elegido para viajar de incógnito. El blasón que llevaremos en la zaga de nuestro carruaje, será: un escudo ovalado, de cuatro cuarteles diagonales; en el primero y cuarto, dos leones; el segundo y tercero, guarnecido de virolas; y en cima una diadema condal.

Toda la semana consumiéndose en la

fiebre de los preparativos. Después de haber discutido si escogerían ó no en París cierto número de lacayos para llevarlos al Castillo, convinieron que esto sería peligroso, pues á todos sorprendería esa leva fastuosa de criados.

—Entonces — dijo el Rey — tomaremos nuestra servidumbre de la gente campesina, viñadores, labriegos...

—Vuestra majestad tiene gran talento; estos buenos hombres, jóvenes y fuertes, se aficionarán á su Rey; ¿y quién sabe si los lacayos de la «vispera», Sire, no serán los *chouanes* del «mañana»?

El soberano con gesto profético, tendió su brazo hacia el porvenir, dejando caer apagadamente estas palabras:

—¡Quizás!

Y el lunes siguiente, que era el 23 de mayo, á las cuatro y diez minutos, un recio estruendo hizo trepidar todas la vidrieras de la noble y silenciosa calle, y los crujidos de las fustas y el jovial alboroto de los cabeles atraieron á las mirillas de las fenestras muchos rostros gredo-

sos de viejos que atisbaron con pupila espantada.

Era la silla de postas del conde de Spade, pintada de verde botella y filetes blancos, arrastrada por cuatro caballos gordos, fuertes, que se detuvieron ante el portal del hotel bajo el rudo puño de los postillones, dos mozos con polainas de cuero, la placa de metal fulgurando en su brazo, clavados entre las pistoleras, almohadilladas de paño, y el maletín enrollado contra su espalda. Las impacientes bestias resoplaban hendiendo los guijarros con sus cascos, agitando sus redes mosqueras de color amaranto.

Apeóse el jockey delantero y se puso al frente de los caballos, mientras su camarada quedaba, calzado el estribo, empuñando un haz de riendas. Sólo se escuchaba el ludir de las cadenetás de los frenos y el choque de las boleas; y la irreprochable caja del carruaje, de una elegancia severa, oscilaba y subía y bajaba muellemente suspendida y como mecida y manteada por largos tirantes de cuero. No tenía pescante y en su sitio había espléndidos cris-

tales; detras, una grande plancha para los cofres y toda la impedimenta.

Apareció Roulette con una pesada bolsa ó bizazas á la bandolera, y envuelto en un esclavina de viaje; después la señora de Saint-Salbí con vestido de seda del color del hábito carmelitano, adornado de azabaches, tocada por un bonetillo de terciopelo violeta-malva, el tallo cruzado de chales y tules, y balanceando una graciosa cesta de borlitas.

Los dos postillones habían quedado inmóviles con la cabeza descubierta.

El Príncipe, les dijo;

—¡Cubrios!

Y en seguida:

—¿Vuestros nombres?

—Pigache—repuso el más viejo, fijo en su silla.

—Fermin—añadió el otro.

—¿Vuestros caballos son bravos, dispuestos á buena carrera?

—Eso sí, señor conde.

Y el conde acercóse más, empuñando un lento rodeo para inspeccionarlo prolijamente todo: ejes, frenos, riendas, los amarillos

arneses cifrados con una S de plata, los aciones.

Callados y reverentes los dos hombres se miraban barruntando una competencia en el señor.

El cual, terminada una fiscalización, acercándose al más autorizado de los dos postillones, dijo:

—No vá mal... pero ¿quién anudó la cola de éste? no figura bien la castaña.

Y con el índice señaló la grupa del potro de la izquierda.

Luego, por un mandato, Fermin abrió la portezuela, bajando la zancajera; y apareció el interior del cupé todo brochado de satén obscuro y oloroso, con sus pequeñas y replegadas cortinillas, un espejo, sus bolsas abrazaderas, su lámpara cárcel y mesitas movibles.

El viejo comediante tocó con suavidad la espalda de la condesa, que daba sus últimos advertimientos y recomendaciones á Brigida, y tomándola de la muñeca la sostuvo cariñosamente para que subiese al carruaje, que pronto habría de llevarles, á ella y á su Rey lejos de la «Isla de Francia». (La cocinera debía reunir-

seles al día siguiente, por la diligencia). Y el conde de Spade, saltando con pierna ágil, colocóse al lado de su amiga; después, asomado medio cuerpo, ordenó con imperativo acento:

—En marcha; y cuidado con los guijarros.

Se afirmaron las riendas los postillones; resonó una explosión, una traca de truenos de látigos, y los cuatro normandos arrancaron bizarramente con mucho ruido de cascós, á lo largo de las patricias calles, que parecían mirar la huida melancólicamente.

Más de un cuarto de hora estuvieron los viajeros sumergidos en hondo y silencioso ensueño.

Declinaba la tarde. A través del bosque de los jardines, por el que aparecían las estatuas, entre los tiernos verdoros de los parques enmarañados de zarzales, el sol, con su espesa peluca de oro, comenzaba su majestuoso descenso hacia el horizonte, derramando predilectamente —como las regias mercedes— su llamar postreiro sobre los blasonados capiteles de las más rancias coronas,

reanimando en el fondo de los históricos palacios los retratos azulados de los mariscales de campo, resucitando un poco del pasado, *enversando*, por un momento, el aristocrático y decrepito *faubourg*, y solazándose irónicamente nimbando con su más encendido y fulgurante adiós la berlina de este buen Sire de chisme y farsa.

Con la mirada vaga y las manos descansadas sobre sus rodillas, Roulette permanecía taciturno, y la señora de Saint-Salbi, respetando su silencio, poblado de laceradores recuerdos, pensaba: «Este viaje renueva y desgarras sus heridas... ¡Es Varennes que comienza para su alma!»

El príncipe enjugóse la frente con la manga de su casaca, como si quisiera osear las negras mariposas del pasado, coloreóse su rostro, y pareció distraerse con el rápido espectáculo de las casas, de los transeuntes. Luego, sonrió dolientemente; y como la condesa le pidiese el motivo de esta pálida sonrisa, él murmuró:

—¡Es que pienso, cuan inadvertido y humilde salgo de mi pueblo!

Altiva y fiera, exclamó la señora:

—¡Bastilla! Cuando vuestra majestad haga su entrada como verdadero Rey, entonces, esa canalla enronquecerá vitoreándoos y arrojará al aire sus sombreros...

—¡Sí, es cierto; los hombres son de esa manera! Sin embargo, señora, este viaje precipitado... estos caballos de posta... todo me hace sospechar que ya no veré más mi París, ni mi Louvre... ni la plaza de Luis XV... ¡Esto es como un destierro!

Apenas pronunciadas estas palabras, sintióse bruscamente cogido por un brazo y empujado hacia atrás por la condesa, á la vez que ella, anhelante, le avisaba:

—¡Ocultáos, Sire, ocultáos, Dios mío!

Instintivamente, sin buscar ni preguntar el motivo, hundióse Roulette en lo profundo del asiento, acometido, sofocado de una punzadora angustia.

La condesa esclareció con su guante el estrecho vidrio de la mirilla zaguera de la berlina, y le invitó á que mirase. Precipitóse Su Majestad; y vió muy cerca, reconociéndolo